

B  
100036

## El licenciado Jesús María Barraqué

Por Pablo F. Lavín

LA actividad política en los primeros años de la República se caracterizaba, entre otras cosas, por el respeto y comedimiento entre las figuras cimera de los partidos. Desde luego, que a veces la pasión tendenciosa hacia de las suyas en los elementos subalternos, pero los hombres representativos se guardaban las mayores consideraciones. De tal modo esto fue así que cuando uno de los partidos mayoritarios celebraba su reunión más importante invitaba a los jefes del partido contrario para que éstos, desde un sitio de honor, asistieran al acto donde se explicaban los programas y la ideología de la agrupación.

Todo esto fue transformándose con los tiempos en sentido deplorable para las buenas formas, para las ideas constructivas, para el auge y el respeto que se merece el bien común y los intereses permanentes de la nacionalidad. Pero día llegará en que aquellas buenas maneras se restablezcan como signo incuestionable del perfeccionamiento político y moral de la ciudadanía.

Muchos fueron los políticos distinguidos y eminentes que sobresalieron en aquellos tiempos. La capacidad intelectual, la capacidad moral, los valores relevantes en todos los órdenes, hacían de la vida política una lucha prestigiosa, en la cual predominaban la consideración y el respeto. Después, después ya se sabe que las profundas transformaciones

mundiales presididas por eso que se ha dado en llamar la subversión de valores, lo invadió todo para dar paso a ideas exóticas que han engendrado la confusión, la inferioridad, los bajos instintos. En la lucha entre la razón y el instinto se ha impuesto éste en sus más destructoras manifestaciones.

Entre los hombres representativos de aquellos primeros años de vida republicana sobresalió, por la fuerza de su talento y de sus virtudes, el Licenciado Jesús María Barraqué.

Hombre de superior cultura, conocedor profundo del idioma castellano, amante fervoroso de los clásicos, de vasta experiencia y de comprensión universal de las cosas y de los hombres, el Licenciado Jesús María Barraqué llegó a ocupar un sitio preponderante en la política cubana. Su personalidad física menuda contrastaba con su poder magnético vigoroso. Su conversación era deliciosa. Hablar con Barraqué era tanto como disfrutar de una rica enseñanza histórica, salpicada de anécdotas y cuentos graciosos. Creo que gran parte de los triunfos profesionales y políticos de Barraqué se debieron al poder fascinante de su palabra.

Barraqué fue un jurisconsulto eminente. Pero siendo por íntima naturaleza de un temperamento conciliador y armónico, hacía cuanto podía por hallar una fórmula equitativa para resolver la cuestión plan-



PATRIMONIO  
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR  
DE LA HABANA

teada antes de llegar a la contienda judicial. La sabiduría de Barraqué, y aquel modo suyo de singular contiliación, fue la causa de que llegara a representar como abogado el tipo admirable de consejero, de orientador. Barraqué fue un gran jurisconsulto no sólo por su profunda preparación en el Derecho, sino, además, por el elevado principio moral y espiritual que alentaba su concepción jurídica y humana. Entre los grandes abogados de Cuba la historia le guarda un puesto de honor.

Pero hay un rasgo en el carácter de Barraqué que le enaltece sobremanera, y era su desinterés y su magnífico espíritu de fraternidad. Le conocí con motivo de haber obtenido yo el Premio Nacional José A. González Lanuza al terminar mis estudios de abogado, consistente en el nombramiento de Abogado de Oficio de la Audiencia de La Habana, que refrendó él en su condición de Secretario de Justicia. Desde entonces fui su amigo y le pude admirar la excelencia de un hombre superior. Como tal supo querer y alentar a la juventud. No puede haber grandeza espiritual allí donde no albergue el corazón el entusiasmo por la niñez, la adolescencia y la juventud, y en Barraqué anidó en gran medida ese sentimiento de generosidad. Por eso hoy le recuerdo con sincera simpatía y con mucho afecto, porque sin pertenecer yo a grupo o clase políticos, o a cualquier otro de aquellos que conceden en la vida un rango excepcional de poder o de riqueza, me hizo el regalo de su amistad y de su estímulo, como hizo con tantos otros jóvenes, a quienes supo señalar el camino de la responsabilidad social, del amor a la cultura y del amor a la patria.

Pero hay otro factor que ennoblece superlativamente al Licenciado Barraqué y que denota el grado de su superioridad. Cuando las circunstancias históricas, en que él no participó, le fueron adversas, el hombre de bien, por su talento, por su profesión y por su posición política, se enfrentó con el destino y se sobrepuso a él. En la adversidad es donde se aprecia el carácter moral de la persona, y Barraqué dio un ejemplo de estoicismo y de grandeza espiritual en los días más difíciles de su existencia. ¡Con qué suavidad, con qué elegancia, con qué superioridad, aquel hombre magnánimo se situó por encima del desastre de la pasión política, de la envidia y del rencor. En aquellos días Barraqué dio un altísimo ejemplo de cómo el talento y los valores espirituales siempre se hallan muy por encima de las riquezas y del poder material. Porque Barraqué pasó por el mundo derramando cariño entre sus familiares y amigos, y porque tuvo preocupación constante por el progreso moral de su pueblo, hoy le recuerdo con estas líneas transido de afecto y admiración.

000037